

¿Un final feliz? Sobre cómo se empieza a fumar...

Autora:

Maria Bixquert Ariño

Supongo que todo el mundo empieza a fumar por los mismos motivos: porque te hace sentirte mayor, porque tus amigos lo hacen, porque es lo prohibido, porque es una forma de demostrar que tienes el control... Yo empecé a fumar por todos ellos.

Tenía trece años estaba en el pueblo de mi prima y el chico más increíble que había visto en mi vida se había fijado en mí. Era perfecto tenía 17 años y moto, y por supuesto fumaba. Y tenía esa forma de fumar tan sexy, se apoyaba en la moto, sacaba su pitillo y lo encendía con el zippo que sacaba del bolsillo del vaquero. Yo no quería que pensara que era una pava, y me encendí mi primer cigarro. Por supuesto le dije que llevaba tiempo fumando, ¡ah! y que tenía quince. Bueno, pues nada de eso me sirvió, después de aquello yo me enganché y él me dejó por otra (supongo que menos pava que yo, lo cual no era muy difícil).

Después de aquello empecé a fumarme un cigarro todos los días antes de entrar al colegio en el descampado de detrás. Todos mis amigos lo hacían, y yo tenía la sensación de que tenía que hacerlo para ser una más del grupo. El caso es que el tiempo fue pasando, y a los 16 ya me fumaba medio paquete al día, y por supuesto estaba en esa época de la vida de uno en la que las normas no importan, el mundo está equivocado (por no hablar de los padres) y uno siempre tiene la razón y sabe lo que es mejor para uno mismo.

En fin, yo fui una adolescente "problemática". Me pasaba el día enfadada con el mundo, pensaba que todos estaban en mi contra, que había un complot. Alguien tenía que tener la culpa de la charla que me cayó cuando mis padres se enteraron de que fumaba. Cuando me dijeron que lo sabían empecé a pensar en quién se lo había dicho, porque se iba a enterar. Pero lo cierto es que mis padres no son idiotas y yo iba dejando un rastro como pulgarcito, la ropa olía que tumbaba, y no hablemos de mi aliento, además del quemazo que le hice a mi camisa preferida. En fin, mi padre empezó a contarme su historia como fumador, tal y como yo estoy haciendo

ahora. Había fumado más de veinte años y por fin lo había podido dejar. Por supuesto yo escuché solo la mitad, eso no me iba a pasar a mí, yo controlaba, yo no me iba a enganchar, yo podía dejarlo cuando quisiera... Además, bastaba que lo dijera mi padre para que yo no le hiciera el menor caso.

Todo pasó como había dicho mi padre (pero por dios que no se entere de que le estoy dando la razón). A los veinte ya me fumaba un paquete al día, y dos los fines de semana cuando salía por la noche. A los veintitrés me independicé, y al tener mi propia casa empecé a comprar los paquetes por cartones, en mi casa había paquetes de tabaco, ceniceros y mecheros por todas partes, pues era lo primero que hacía nada más levantarme y lo último al acostarme. Por supuesto físicamente empecé a notarlo, empecé con una tosecilla histérica que con el tiempo se fue convirtiendo en tos bronquítica crónica, y cuando me levantaba por la mañana era algo horrible, me pasaba tosiendo 10 minutos antes de poder hacer otra cosa, pero por supuesto cuando dejaba de toser me encendía un cigarro. En fin, todas las predicciones de mi padre se estaban cumpliendo al pie de la letra. Es curioso que cuando alguien nos cuenta su experiencia siempre pensamos que eso no nos va a pasar a nosotros, esas cosas siempre les pasan a los demás. Pero ¿a qué demás? ¿A los tontos? ¿A los débiles? Yo nunca me he considerado ninguna de las dos cosas.

Poco a poco me fui dando cuenta de que tenía que dejar de fumar, pero había un problema, el tabaco era más fuerte que yo. Intenté dejar de fumar unas tres veces en dos años. Probé con todos los métodos, chicles de nicotina que no funcionaron porque a la nicotina que tenía el chicle yo le añadía la del tabaco. Probé con acupuntura, nos apuntamos un par de amigos y yo, y ninguno de los tres conseguimos dejarlo. También probé a fuerza de voluntad (cosa que nunca he tenido) y fue un desastre, así que ya empezaba a tirar la toalla cuando una noche que no tenía tabaco me encontré a mi misma rebuscando en la basura para encontrar una colilla que fumarme,

ahí fue cuando me di cuenta que era adicta. Y aunque parezca mentira eso fue lo que me ayudó a dejar de fumar; darme cuenta de que era adicta. Así que simplemente dejé de fumar un buen día.

Hace unos años me encontré en un bar a mi primo Carlos de 16 años con un cigarro en la mano. Cuando le pregunté si fumaba mucho, se puso a la defensiva, me dijo que no, que solo de vez en cuando, y que él podía dejarlo cuando quisiera (lo mismo que yo le dije a mi padre...), que él controlaba. Yo le conté mi experiencia, aunque no le sirvió de nada, me miró como dicen-

do: "esta tía me está tirando la charla, como mi madre" así que pensé que irremediablemente la historia se volvería a repetir. Estas navidades en la reunión familiar me confesó que no puede dejar de fumar, que lo ha intentado varias veces, y que se fuma un paquete y medio al día, que ya no controla. Esta vez sí que me pidió que le contara mi experiencia para dejar de fumar, y ha conseguido dejarlo, y como yo, maldice el día que se encendió el primer cigarro, pero su historia, como la mía ha tenido un final feliz. ¿Y la tuya? ¿Tendrá un final feliz?